

JUAN PABLO CINELLI

La novedad
de los clásicos

Página 2

NICOLÁS MAZIA HENDL

Un cuento
para encender
una hoguera

Página 3



JAVIER CHIABRANDO

Un hombre
en el abismo

Página 4



télam
AGENCIA NACIONAL
DE NOTICIAS

SLT

WWW.TELAM.COM.AR

SUPLEMENTO LITERARIO TÉLAM | REPORTE NACIONAL

AÑO 5 | NÚMERO 259 | JUEVES 17 DE NOVIEMBRE DE 2016



El mundo según Jack

A cien años de su misteriosa muerte, la construcción del mundo de Jack London se renueva con cada generación de lectores. Esta es la clave que lo ha convertido en un clásico de la literatura.

La escritora mexicana Elena Poniatowska presidirá el jurado de la edición número 20 del Premio Alfaguara de Novela, dotado con us\$ 175,000. Será acompañada en la decisión final por Marcos Giralt Torrente, Andrés Neuman, Santiago Roncagliolo y la narradora argentina Samanta Schweblin. El jurado se completa con Eva Cosculluela, vicepresidenta de la Cegal; Juan Cruz, escritor, periodista y fundador del

premio, y Pilar Reyes (con voz pero sin voto), directora editorial. El plazo de recepción de originales finaliza el próximo 15 de diciembre de 2016. Alfaguara, sello fundado en 1964 y que forma parte de Penguin Random House Grupo Editorial, tuvo siempre la vocación de unir la literatura en español construyendo un camino de doble sentido para los libros publicados a ambos lados del Atlántico.



La novedad de los clásicos



→ JUAN PABLO CINIELLI

Dos nuevas antologías de cuentos muestran la vigencia de la estructura literaria de Jack London. Relatos en los límites de la civilización y la barbarie.

La edición de textos de autores clásicos cuyos derechos han pasado al dominio público representa una dificultad para los interesados en volver a publicarlos. El desafío reside en aguzar la inventiva para sumarle un valor adicional a obras de innegable mérito, pero sobreexplotadas comercialmente. Es decir, algún tipo de plusvalía que sirva para potenciar su estatus literario y convertirlas otra vez en un producto si no nuevo, al menos novedoso. El de Jack London, escritor fundamental de la literatura estadounidense (y universal), es un ejemplo oportuno; o mejor dicho, el ejemplo lo dan sendas antologías de sus cuentos que acaban de publicar Eterna Cadencia y Libros del Zorro Rojo. Aunque se trata de material que casi en su totalidad ya ha conocido muchas ediciones anteriores, a partir de una curaduría editorial ingeniosa y cuidada, ambos libros representan una novedad.

Once cuentos de Klondike (Eterna Cadencia, traducción y notas a cargo de Jorge Fondebrider) se articula en torno a la experiencia de London como expedicionario durante el boom del oro que en 1896 llevó a cientos de miles de aventureros y cazafortunas a adentrarse en los inhóspitos y poco explorados territorios de Alaska y Yukón. Los textos, ambientados en dichos escenarios—incluyendo “Encender un fuego”,



también conocido como “Encender una hoguera”, uno de los más populares del autor, es un cuento de un choque cultural afín a la tradicional dicotomía de civilización y barbarie. Con la salvajeza de que en London ambos conceptos se encuentran (levemente) menos entrecruzados que en Sarmiento, permitiéndole reconocer el rastro de la barbarie en ambos lados de aquella grieta original. En el caso de *Knock Out. Tres historias de boxeo* (Del Zorro Rojo, traducción de Patricia Wilson e ilustraciones de Enrique Breccia), los tres relatos compilados giran en torno a ese deporte. Al contrario de los anteriores, estas tres historias transcurren en los escenarios urbanos propios del universo del box y aunque desde lo formal representan espacios opuestos, no es difícil hallar sólidos puntos de contacto entre ellos.

Ambos libros revelan el profundo vínculo que London establece con lo salvaje a través de su pluma. Vínculo que por lo general se explica como un simple entusiasmo que como cuento, ocurre, o como disputa más que como acuerdo. Si en *Once cuentos de Klondike* dicha oposición se da en el

marco de la naturaleza, a la que el hombre blanco llega para conquistar, a caballo de una superioridad de orden darwiniano, en el caso de *Knock Out* London reconoce y retrata el salvajismo que reside en el corazón del mundo moderno y “civilizado”. No caben dudas que en esa capacidad para identificar el lado salvaje de su propia cultura tiene mucho que ver con la militancia socialista del escritor y el del pugilismo es el universo perfecto para representar. Queda claro en el cuento “El mexicano”, sobre un joven que para apoyar la Revolución Mexicana se hace boxeador.

Al parecer para London la frontera entre lo civilizado y lo salvaje estaba vinculada con la idea de superioridad cultural, conclusión a la que habrá llegado apoyado en sus lecturas de Nietzsche y en la aplicación social de las ideas de Darwin realizada por Herbert Spencer, quien trasladó la teoría de la evolución natural al conceptualizar el progreso por medio de la superioridad de unos pueblos sobre otros. Es esta mirada, a partir de la cual considera a su propio pueblo como cima de la civilización, la que le permite a London ubicar lo salvaje siempre en un Otro mutuable: salvajes son los demás. Y aunque di-

cha etiqueta les cabe con mayor frecuencia a los nativos americanos—o los que contempla siempre con un aire paternal chapado a la antigua, que le permite ir de la condescendencia al rigor con la naturalidad de quien se sabe varios escalones por encima—, también pueden ser salvajes los franceses, los rusos e incluso los propios estadounidenses.

Esta idea se hace explícita en “El hijo del lobo”, relato que abre los *Once cuentos de Klondike*. En él, un explorador que lleva mucho tiempo en la soledad estaría, reconocíase así su principal problema: “El hombre raromente hace una evaluación correcta sobre las mujeres, al menos hasta verse privado de ellas”. Sin embargo, en lugar de volver a buscar una esposa entre los suyos, el protagonista decide viajar a través de la tundra helada para visitar a la tribu de los tsana y pedir la mano de la hija del cacique. Su estrategia incluye una negociación, pero no descarta la posibilidad de que el asunto pueda dar lugar a un enfrentamiento entre machos, que es como dirimen esas cosas los salvajes. En efecto, algunos jóvenes desafían al extranjero argumentando que,

desde su llegada, los blancos no han hecho otra cosa que quitarles las mujeres, poniendo en riesgo la supervivencia de la tribu. Sólo en territorio ajeno, el protagonista observa y reflexiona: “Se detuvo en un belé recién nacido, que mamaba del pecho destamado de su madre. [...] Pensó en las delicadas mujeres de su propia raza y sonrió forzadamente. Sin embargo, de las entrañas de algunas de esas mujeres frágiles acaso había salido él con una herencia regia; una herencia que el dominio sobre la tierra y el mar, sobre los animales y los pueblos de todas las zonas”. Este concepción del mundo atraviesa los once relatos y no parece casual que aparezca en el primero de ellos.

Lo que ocurre con sus cuentos de boxeo es paradójico, queriendo tratándose de una de las actividades en la que lo salvaje se encuentra legitimado por el espíritu de la competencia deportiva, lo verdaderamente brutal sigue siendo otra cosa. Uno de los tres cuentos de *Knock Out* es “Un bistec”, en el que subirse a un ring para enfrentarse a peleadores más jóvenes sigue siendo la única forma que un boxeador que llegó a los 40 encuentra para ganarse la vida y tratar de mantener a su familia. London demuestra en sus cuentos ser un estupendo relator de boxeo aunque no escatima detalles que dan cuenta del salvajismo del boxeo (que por entonces se peleaba a 20 rounds), se las arregla para ilustrar salvajismos mayores. En el universo del relato, mucho más salvaje que el pugilismo resulta el hambre del protagonista, quien va a pelear dejando en casa a su mujer y a sus dos hijos sin comer, porque no tienen ni para un plato de salsa, y se la pasa todo el combate añorando un pedazo de carne casi tanto como añora su juventud perdida. Porque sin dudas el mayor de los salvajes es “Un bistec”, el que al salir al campo a su paso, dañando, deshechando el cuerpo en su camino a la vejez. Un salvajismo, el del pasado del tiempo, que London no llegará a conocer nunca: murió a los 40 años, dejando una de las obras más extraordinarias de la literatura.

SUBASTAN "LAS CHICAS DEL PUENTE" DE EDVARD MUNCH

La obra data de 1902 y fue subastada por primera vez hace ocho años. El óleo "Las chicas del puente" fue vendida por us\$ 54,5 millones, convirtiéndose en la segunda mayor recaudación por una obra del pintor noruego, confirmó en la noche del lunes la casa Sotheby's de Nueva York. Igual estuvo lejos del récord del artista, ya que una de las cuatro

versiones de "El grito", considerada una obra cumbre del Expresionismo, fue subastada en 2012 por la cifra récord de us\$ 119,9 millones. Durante la subasta también destacaron dos obras de Pablo Picasso: "El pintor y la modelo" (1963) fue vendida por us\$ 12,9 millones, mientras que la escultura "Cabeza de mujer" cosechó us\$ 8,5 millones.



JUEVES 17 DE NOVIEMBRE DE 2016 ■ SLT ■ REPORTE NACIONAL ■ 3



→ NICOLAS MAZIA HENDL

Los relatos de Jack London ambientados en escenarios similares sufren permanentes variantes, que crean el encanto salvaje de un caleidoscopio.

Un hombre, a riesgo de perder la vida, decide dejar la pista principal de Yukon en la que se encuentra, dejar a sus compañeros en el campamento e ir a buscar madera, hacia el este, donde hay otra pista, más estrecha y poco utilizada. No le importa el frío, ni la soledad, ni el viento. Va solo con su perro y con lo puesto. Los 59 grados bajo cero que arrecian afuera, en la nieve, parecerían no tocar sus ideas. Pareciera que nada, que ni tampoco el hecho de ser nuevo en el lugar, puede torcer sus ideas. Sin embargo, hasta la voluntad y la determinación del hombre más determinado también pierden frente a los imponderables. Solo bastan unos pies mojados en un charco de agua helada, un mínimo de ese viento que lo congela todo mientras corre y el cielo gris y tormentoso para derribar incluso a esa clase de hombres. Pero como es esa clase de hombre, antes lo intenta: logra encender una hoguera que igualmente termina apagándose por derretir la nieve del árbol que la cubre. Inmediatamente se recupera de ello, lo intenta de nuevo hasta que al final, la naturaleza se impone.

Seguramente Jack London no vivió ni una sola vez esta historia. Es más, estamos llenos



Un cuento para encender una hoguera

de absoluta certeza; de lo contrario, no podría haber escrito nunca el cuento. Pero a veces no hace falta vivir algo para escribirlo, alcanzará en todo caso tal vez con soñar. Y seguramente con todo esto soñase repetidamente el escritor norteamericano que no de casualidad ni en vano creó al mítico *Caballito Blanco* o escribió tantas historias en las que siempre hay alguien que se ve en la situación de tener que sobrevivir. "El amor a la vida", el segundo relato de *Cuentos en el Arctico*, es casi un segundo intento por escribir así mejor lo que hiciera con "Encender una hoguera". Un hombre recorre la montaña helada en la que se dio a conocer como el fibero del oro y que también Charles Chaplin decidió pensar, solo que desde el lado opuesto. Si el propio London se superó o no, es otra historia. Hay quienes aseguran que el creador de *Juho Barkynen* resulta un escritor reiterativo o que vivió entre fines del siglo XIX y principios del XX. Es posible que tengan razón, de acuerdo. Pero que es un hombre sino la permanente repetición de dos o tres o

cuatro temas que lo atraviesan desde su primera infancia hasta el final de sus días. Pero además de eso, en London nos encontramos con reflexiones como estas: "Al anochecer encontré unos huesos esparcidos, donde los lobos habían realizado una carnicería. Estos restos habían sido, una hora antes, un cachorro de reno, mugiendo y corriendo lleno de vida". Y luego dice: "¿Sería posible que el pudiera convertirse en eso antes de que el día tocara a su fin? Era la vida, ¿no? Una cosa vana y fugaz. Sólo la vida producía dolor. En la muerte no había sufrimiento. Muerte era dormir. Significaba el fin, el descanso. Entonces, ¿por qué no le satisfacía morir?" Y es justo esta última pregunta el tema en cuestión. Pávese también era repetitivo. Con Cheever y con Borges, ocurre. Aparentemente, lo mismo ocurre con *El Grito*. No importa ver en este caso, y en to-

dos, es la obsesión del escritor. Porque la nieve es tan solo un escenario que va cambiando. Lo mismo que en los dos relatos anteriores, puede ocurrir en un viaje que hace el comerciante David Rasmussen de San Francisco a Dawson, con el afán ineludible de transportar mil docenas huevos, venderlos y hacerse millonario. En *Cuentos del trópico*, un chino llamado Chun Ah Chun parece confinado a vivir trabajando en el campo de su tío y ser, para siempre, solamente un peón. Una página adelante, nos vamos enterando de que el muchacho se convirtió en un hombre y en un exitoso millonario. Quizá Jack London no creyese en el destino y no sólo intentara quemarlo con su alcoholismo, también con su socialismo feroz, con sus viajes hacia la muerte y la aventura y hacia el mal, con *El Viejo*. No obstante, la vida parecía no alcanzarle y para ganarse la vida y ganarse el dinero, London siempre escribió. Sus historias cuentan las historias de hombres que entaban un agónico combate y aunque pierdan, son dignos de ser re-

cordados en la literatura. Y sino ahí está Tom King, un viejo boxeador que en su juventud fue un gran peleador, pero ahora, en "Por un bistec", ya está entrando en años y debe enfrentarse a un oponente más joven que él para darle de comer a su familia. O en *La fuerza de los fuertes*, en donde se narra el momento en que Barba-Larga les cuenta a sus nietos cómo la pelea a muerte entre dos tribus lleva a que la vencedora previamente se unifique en una misma causa, reina sus fuerzas y sus familias y se defienda de los enemigos. Los ejemplos abundan: en sus cuentos siempre hay alguien que no se da por vencido. A veces gana y otras no. London entendió, sin mucha vuelta más, que la vida en su conclusión era eso.

Cuando leí por primera vez *Encender una hoguera*, pensé que también podrían haberlo escrito Hemingway, de estar bien abrigado contra el frío polar; u Horacio Quiroga, a pesar de encontrarse lejos de sus serpientes y de la humedad de la selva Misionera. También pensé inmediatamente en otro texto, pero sobre todo en el último momento de ese ensayo que se llama "Mi primer libro" y que escribió Isidoro Blaisten para tratar de explicarnos con la claridad de un poema humilde, qué es la poesía y cómo funciona. Blaisten dice que la poesía es la cartita que el cartero envuelto en llamas tiene que entregarle a alguien; de lo contrario, da toda la sensación de que este cartero va a morir incendiado. En el cuento de London, un hombre tiene que correr envuelto en hielo. Pero hace lo mismo: corre, en este caso para no congelarse. Y en esa carrera intenta salvarse la vida. Tal vez, entonces, la literatura no sea a fin de cuentas tan distinta de la vida de cada uno: en el fondo pareciera que en última instancia todo consista, como enseñó London, en ir hacia alguna parte con el propósito de haberlo todo para encender una hoguera.

NIÑOS BAJO EL NAZISMO



Cuenta la escritora italiana Daniela Palumbo, autora de *Las maletas de Auschwitz*, que de visita en ese espacio de memoria fue grande su impresión al descubrir las valijas que las víctimas dejaban al llegar, etiquetadas con sus nombres. Dice también que desde entonces comenzó a escuchar las voces

ficcionales de cuatro niños judíos de diferentes países, todos con destinos ligados a ese equipaje fatal. El resultado fue la escritura de estos cuatro cuentos que, en primera persona y con inocencia, narran sus últimos momentos bajo el régimen nazi. ¿Es un libro para chicos? Sí, también. No escatima ni una pizca de

verdad y suscita los sentimientos necesarios para inocular el rechazo a toda violencia, anticuerpos para que la humanidad no repita lo peor de su historia. Este libro imprescindible fue publicado en Argentina por Editorial Norma, ilustrado lo justo y necesario por la talentosísima Elena Arroyo.



CONTRATAPA

➔ JAVIER CHABRANDÓ

Un hombre en el abismo

El cronista Jack London aparece como consecuencia de su trajinado vida de viajar sin descanso, ser obrero, pescador, polizón de trenes, buscador de oro y fotógrafo.

Para Jack London, todo, literalmente todo, era poco. Por eso quiso vivirlo todo, escribirlo todo, conocerlo todo. Cuando tenía veintiséis años y no había publicado nada de lo que lo haría célebre, varias veces millonario y todo un mito, quiso conocer, para luego escribir sobre eso, la vida de los habitantes del barrio más peligroso de Londres, el barrio donde iban a parar los desechos de la revolución industrial. El cronista norteamericano de apellido London llegó a la ciudad de Londres London luego de que sus amigos intentaran disuadirlo y a pesar de los intentos frustrados de que una agencia de viajes le resolviera los inconvenientes. Al hombre que quería vivirlo todo nada lo detuvo. Lo que hizo fue llegar a Londres, subirse a un coche de alquiler y pedirle al cochero que lo trasladara al East End, un barrio en ruinas, con gente en ruinas, al barrio London denominaría: "suburbio infinito", y comenzar la odisea, que no fue otra cosa que una investigación periodística basado en la más moderna metodología de trabajo de campo, a la altura de un cronista del siglo XXI.

Quizá para el era una aventura más, entre otras de su bravesero espíritu, había que escribir los diecisiete libros, viajar sin descanso, ser obrero, pescador, guardacostas, cazador de focas, polizón de trenes, buscador de oro y un gran y prolífico fotógrafo.

Pero ahora, en el East End de Londres, es apenas un extranjero



LONDON, TENÍA SÓLO 21 AÑOS DE EDAD CUANDO LLEGÓ A ALASKA EN 1897 PARA BUSCAR SU FORTUNA EN ORO.

que quiere conocerlo todo. Se compra ropa fea y vieja, como la que viste la gente del lugar. El vendedor lo cree un criminal buscado por la policía y le cobra la ropa varias veces lo que vale. A London no le importa. Más se preocupa por tomar precauciones, y a la manera de los viajeros del medioevo cose una moneda de oro entre sus ropas, por las dudas. Y sale a la calle como uno más. Está a punto de comenzar a vivir lo que luego describirá en su libro *Genie del abismo*, un texto mezcla de reportaje con tesis social, estadísticas y encuestas.

Protegido en su disfraz, su estatus de visitante se va desvaneciendo. Los mendigos ya no le piñan. Sostiene la rienda del caballo

de un rico y recibe una propina. Se vuelve espectador de peleas callejeras, de borracheras de hombres y mujeres en tabernas o en las mismas calles, de chicos revolviendo la basura de un mercado. Come en los comedores para pobres, desayuna pan, una feta de queso y una taza de algo indescribible. Duermee, rodeado de ratas, en una cama que se alquila por turnos. Si va a viajar en tren, le extienden un billete de tercera clase sin preguntarle. La experiencia es única, pero no basta para el inagotable London. En Whitechapel conoce a un antiguo sargento de detective (Johnny Upright en el libro, apodo que viene de "endezera" "sugos y delincuentes", que en realidad es William Thieck, el hombre que persiguió a John "el destruidor" apenas doce años atrás. William Thieck le consigue un refugio secreto y algo más decente donde el periodista comienza a escribir el libro que se editaría al año siguiente, en 1903, el mismo año en que se editó

El llamado de la selva.

Su otra mirada de cronista está en la obra fotográfica, a las que llamaba "documentos humanos". Desde 1900 a 1916 tomó más de doce mil. Fiel a su estilo, el de saberlo todo, no aborrió la fotografía como un amateur sino que aprendió la técnica de un amigo y montó su propio cuarto oscuro. Las fotos de su investigación en el East End londinense formarían parte de la primera edición del libro. También tomó fotos de la guerra ruso japonesa, enviado por el San Francisco Examiner, el diario de Randolph Hearst; del terremoto de San Francisco de 1906, y de los mares del sur cuando en 1907 se hizo construir un barco llamado *Snark* y se lanzó a

un viaje en compañía de su esposa y de un grupo de amigos, además del cocinero Martin Johnson, que luego escribiría el libro *Por los mares del Sur con Jack London* contando detalles de esa aventura, entre ellas que fue contratado a pesar de que había chefs famosos que se ofrecían a hacerlo gratis, e incluso alguno que quería viajar con London... pagando. Sobre esa experiencia, London escribiría *The Cruise of the Snark*, editado en 1911.

Su experiencia lo transforma en un activo militante socialista. London dirá: "Es bastante justo decir que yo llegué a ser socialista de manera muy semejante a aquella por la cual los teutones se convirtieron en cristianos, me hicieron golpes". Anatole France, en el prólogo de *El tabón de hierro* (uno de los libros más leídos por la clase obrera a principios del siglo XX, con una primera edición de casi medio millón de ejemplares) lo llamará "socialista revolucionario". London podría contestar con estas palabras: "Pero, de la misma manera que haber sido un individualista me habría sido un individualista sin saberlo, ahora era un socialista sin saberlo, o sea, un socialista no científico". Curiosamente, o no tanto, era racista a la manera de su época. Así se manifestó muchas veces, entre ellas cuando en 1910 asistió como corresponsal en Londres a la "Pelea del Siglo" entre el blanco James Jeffries y el negro Jack Johnson. Cuando vistió Hawái pidió que los Estados Unidos se apoderaran de las islas.

El resto es más conocido: ganar fortunas y perderlas en fiestas que duraban semanas, proyectos que incluían comunas, grandes extensiones para criar animales, plantaciones. De música de fondo: alcohol y mujeres. A pesar de todo, mientras veía que las cosas se iban volviendo cada día, se volvían a poner de pie para volverse a derrumbar, siguió escribiendo hasta el fin de sus días, entre las nueves de la mañana y el mediodía. "La función propia del hombre es vivir, no existir", dijo. Y así lo hizo y lo documentó.